

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

TAL VEZ AHORA



COLLEEN
HOOVER

SERIE *TAL VEZ*, 3

booket

Colleen Hoover

Tal vez ahora

Serie Tal vez, 3

Traducción de Lara Agnelli



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Maybe Now*

© Colleen Hoover, 2018

Publicado de acuerdo con el editor original, Dystel, Goderich & Bourret LLC mediante la agencia literaria International Editors y Yañez' Co.

© por el epílogo: Colleen Hoover, 2022

© por la traducción, Lara Agnelli, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Guiyuan / Adobe Stock, © EyeEm / Adobe Stock, © Conzorb / Adobe Stock y © Ani Dimi / Stocksy

Banda sonora de la trilogía: © Griffin Peterson / Raymond Records, LLC. Todos los derechos reservados.

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.774-2023

ISBN: 978-84-08-27562-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

1

Sydney

En cuanto abro los ojos, me doy la vuelta y compruebo que el otro lado de la cama está vacío. Agarro la almohada que ha usado Ridge y la abrazo. Todavía huele a él.

«No fue un sueño, gracias a Dios.»

Todavía me cuesta hacerme a la idea de lo que pasó anoche: el concierto que preparó con Brennan y Warren, las canciones que escribió para mí, y que al final fuéramos capaces de expresar lo que realmente sentimos el uno por el otro dejando de lado la culpabilidad.

Tal vez a eso se deba esta recién estrenada sensación de paz, a la ausencia del sentimiento de culpa que siempre experimentaba cuando estaba a su lado. Fue duro enamorarse de alguien que esta-

ba comprometido con otra persona. Y tratar de evitar que sucediera fue más complicado todavía.

Me levanto de la cama y examino la habitación. La camiseta de Ridge está junto a la mía, en el suelo, lo que significa que sigue aquí. La idea de salir de la habitación y verlo me pone un poco nerviosa, aunque no sé por qué. Tal vez porque ahora es oficialmente mi novio y sólo he tenido doce horas para hacerme a la idea. Es tan... oficial.

No sé cómo van a salir las cosas ni cómo va a ser nuestra vida en común, pero la inquietud que siento es buena.

Me agacho para coger su camiseta y me la pongo. Antes de salir, paso por el baño para lavarme la cara y los dientes. Me planteo peinarme antes de salir al salón, pero Ridge me ha visto en peores condiciones. Antes éramos compañeros de piso. Me ha visto en condiciones *muuucho* más lamentables que esta.

Cuando abro la puerta del salón, lo veo, sentado a la mesa con una libreta y mi portátil. Apoyo la espalda en la puerta y me quedo un rato contemplándolo. No sé qué le parecerá a él, pero a mí me encanta poder observarlo con descaro sin que se entere de que estoy en la habitación.

Se pasa una mano por el pelo en un gesto de frustración. Por lo tensos que tiene los hombros deduzco que está estresado. Estará liado con temas de trabajo, supongo.

Finalmente, me descubre. Mi presencia parece

aliviarle el estrés, lo que me libera de los nervios. Me observa durante unos instantes antes de soltar el bolígrafo sobre la libreta. Sonriendo, echa la silla hacia atrás para levantarse. Cruza el salón y, al llegar a mi lado, me abraza y me da un beso en la cabeza.

—Buenos días —me saluda, apartándose un poco.

Nunca me voy a cansar de oírlo hablar. Sonriendo también, le respondo en lengua de signos:

—Buenos días.

Me mira las manos y vuelve a mirarme a los ojos.

—Joder, qué sexy.

—Oírte hablar sí que es jodidamente sexy.

Me besa y luego se aparta de mí y se dirige a la mesa. Coge el móvil y me escribe un mensaje.

Ridge: Se me está acumulando el trabajo y necesito mi portátil. Voy a volver a mi apartamento; te dejo que te arregles para ir a trabajar. ¿Quieres que vuelva esta noche?

Sydney: Paso por delante de tu casa al regresar del trabajo. Te haré una visita.

Ridge asiente y coge la libreta en la que estaba escribiendo. Cierra mi portátil y regresa a mi lado. Me rodea la cintura con un brazo y tira de mí hasta unir nuestras bocas. Le devuelvo el beso y no

nos detenemos, ni siquiera cuando oigo que deja la libreta sobre la barra de la cocina. Me levanta en brazos, cruza el salón y, unos instantes después, me tumba sobre el sofá. Él se tiende encima de mí y estoy segura de que esta semana me van a despedir del trabajo. No tengo ninguna intención de recordarle que llego tarde; prefiero que me despidan a que deje de besarme.

Me estoy poniendo en plan teatral. No quiero quedarme sin trabajo, pero llevo esperando esto tanto tiempo que no deseo que se vaya. Empiezo a contar hasta diez, y me prometo que dejaré de besarlo e iré a arreglarme cuando llegue a diez. Pero ya voy por veinticinco cuando, al fin, logro apartarlo.

Él se retira, sonriendo.

—Lo sé —dice—. Trabajo.

Asiento y me esfuerzo en comunicarme signando al mismo tiempo que hablo. Sé que no lo hago bien, pero delecto las palabras que no me sé todavía.

—Deberías haber elegido el fin de semana para seducirme y no un día entre semana.

Ridge sonrío.

—No podía esperar tanto.

Me besa en el cuello y empieza a apartarse para que me pueda levantar, pero se detiene y se queda contemplándome con admiración.

—Syd, ¿sientes que...? —Se interrumpe y saca el móvil. Todavía tenemos una gran barrera a la

hora de comunicarnos. Él no se siente lo bastante cómodo hablando como para mantener conversaciones largas, y yo no conozco los signos suficientes como para tener una charla signando a un ritmo decente. Hasta que ambos hayamos mejorado, creo que los mensajes de texto seguirán siendo nuestro principal medio de comunicación. Lo observo mientras escribe hasta que suena un aviso en mi teléfono.

Ridge: ¿Cómo te sientes ahora que estamos juntos?

Sydney: Es increíble. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

Ridge: Increíble. Y... liberado. ¿Es esa la palabra que estoy buscando?

Todavía estoy leyendo y releendo su mensaje cuando empieza a escribir otro. Veo que sacude la cabeza, como si no quisiera que malinterpretara su mensaje anterior.

Ridge: No estoy diciendo que no fuéramos libres antes de anoche. Ni que me sintiera prisionero estando con Maggie. Es sólo...

Hace una pausa, pero yo no espero a que acabe y le respondo antes, porque estoy casi segura de que sé lo que me quiere decir.

Sydney: Has estado viviendo para los demás desde que eras un niño. Elegir estar conmigo ha sido una especie de decisión egoísta. Nunca haces cosas para ti. A veces, ponerse por delante de los demás puede ser liberador.

Él lee mi mensaje y, cuando nuestras miradas se encuentran, sé que estamos en la misma onda.

Ridge: Exacto. Estar contigo es la primera decisión que he tomado simplemente porque quería hacerlo. No sé, supongo que pienso que no debería estar tan bien, pero así es como me siento: muy bien.

Incluso mientras está diciendo esto como si estuviera aliviado por haber tomado al fin una decisión egoísta, sigue frunciendo el ceño, lo que me hace pensar que no se ha librado por completo de la culpabilidad. Alzo la mano para alisarle la arruguita antes de apoyarle la mano en la mejilla.

—No te sientas culpable. Todo el mundo quiere que seas feliz, Ridge. Sobre todo Maggie.

Él asiente ligeramente y me besa la palma de la mano.

—Te quiero.

Anoche pronunció estas palabras muchas veces, pero oírse las decir esta mañana hace que me parezca que las estoy escuchando por primera vez. Sonriendo, recupero la mano que él me sujeta para decirle mediante signos:

—Yo también te quiero.

Me parece tan surrealista que esté aquí conmigo después de tantos meses de desearlo. Y tiene razón. Estar separada de él era sofocante. Sentía que me faltaba el aire, y esa sensación ha desaparecido ahora que está aquí. Y sé que no me está diciendo todo esto porque sienta que su vida con Maggie no era lo que deseaba. La quería; todavía la quiere. Lo que está sintiendo es el resultado de haberse pasado la vida tomando decisiones en función de lo que necesitaban los demás, y no él. Y no creo que se arrepienta de nada. Él es así. Y aunque haberme elegido a mí sea una decisión egoísta que al final logró tomar, sé que sigue siendo la misma persona altruista de siempre, por lo que es normal que siga sintiendo algún tipo de culpa residual. Pero, a veces, las personas deben ponerse por delante de todo. Si no estás viviendo la mejor versión de tu vida, no podrás ser tu mejor versión para los que te rodean.

—¿En qué piensas? —me pregunta, retirándose el pelo hacia atrás.

Niego con la cabeza.

—En nada. Sólo que... —No sé cómo expresarlo en lengua de signos, por lo que vuelvo a coger el móvil.

Sydney: Me parece todo surrealista. Todavía estoy tratando de asimilarlo. Lo de anoche fue completamente inesperado. Empezaba a pensar que habías llegado a la conclusión de que no podíamos estar juntos.

Él me busca con la mirada y se le escapa la risa, como si lo que he escrito fuera del todo absurdo. Luego se inclina hacia mí y me da el más dulce y suave de los besos antes de replicar:

Ridge: Llevo tres meses sin pegar ojo. Warren tenía que obligarme a comer, porque la ansiedad no me abandonaba ni un momento. He pensado en ti cada minuto de cada día, pero me he mantenido a distancia porque me dijiste que nos hacía falta. Y aunque me mataba la idea, sabía que tenías razón. Y, ya que no podía estar contigo, me obligué a escribir canciones sobre ti.

Sydney: ¿Son las canciones que todavía no he escuchado?

Ridge: Anoche te toqué todas las canciones nuevas, pero he estado trabajando en otra. Estaba atascado porque la letra no acababa de funcionar. Pero anoche, después de que te durmieras, la letra empezó a fluir como un río. Lo escribí todo y se lo envié a Brennan inmediatamente.

¿Escribió una canción entera anoche, después de que me durmiera? Entornando los ojos, le escribo:

Sydney: ¿No has pegado ojo en toda la noche?

Él se encoge de hombros.

—Ya haré una siesta más tarde. —Me acaricia

el labio inferior con el pulgar—. Estate pendiente del correo electrónico hoy —me dice mientras se acerca para darme otro beso.

Me encanta cuando Brennan prepara la primera versión de las canciones que escribe Ridge. No creo que me canse nunca de salir con un músico.

Ridge se levanta del sofá y tira de mí para que me levante también.

—Te dejo para que puedas vestirme.

Asiento y le doy un beso de despedida, pero cuando trato de dirigirme al dormitorio, no me suelta la mano. Me vuelvo hacia él, que me mira de forma expectante.

—¿Qué?

Él señala la camiseta que llevo puesta. Su camiseta.

—La necesito.

Bajo la vista y me echo a reír. Luego me la quito —lentamente—, y se la devuelvo. Me recorre con la vista mientras se la pone.

—¿A qué hora has dicho que vendrás esta noche? —Sigue contemplándome el pecho mientras lo pregunta, incapaz de apartar la mirada.

Riendo, lo empujo hacia la puerta. La abre y sale del apartamento, pero no antes de robarme un pico. Cierro la puerta y me doy cuenta de que, por primera vez desde que salí de mi antiguo apartamento, ya no siento rencor por el caos que causaron Hunter y Tori.

Al contrario. Les estoy profunda y sinceramente agradecida. Volvería a vivir el dolor que me causaron un millón de veces si supiera que Ridge me espera al final del camino.

Unas horas más tarde, recibo un correo de Brennan. Me escondo en uno de los cubículos del lavabo del trabajo, me pongo los auriculares y abro el correo que lleva por título *Libérame*. Apoyada en la pared, le doy al *Play*, cierro los ojos y escucho:

LIBÉrame

Estuve corriendo en círculos.
Más por los suelos no pude estar.
Y seguí descendiendo hasta mirar al diablo a
[la cara.
Tú me rescataste como un barco en altamar
Al decirme que te siguiera hasta la luz del
[hogar.

Así que, vamos allá.
Un poco más.
Llevo mucho tiempo esperando lo que me das.
Vamos allá.
Un poco más.

Tú me diste la libertad.
Le quitaste el polvo a mi alma

Y encontraste la llave que en lo más hondo
[guardaba.

Ahora veo con claridad.
No quiero estar en ningún otro lugar.
Te tengo y tú me tienes a mí, esa es la verdad.
Tú me diste la libertad.

No sé el coste que me supondrá,
Pero cuando has perdido algo valioso,
Sabes que siempre hay un precio a pagar.
Creo que naciste para ser
La mano que me tiendes, devolviéndome la fe
Cuando pienso que no puedo más.

Así que vamos allá.
Un poco más.
Llevo mucho tiempo esperando lo que me das.
Vamos allá.
Un poco más.

Tú me diste la libertad.
Le quitaste el polvo a mi alma
Y encontraste la llave que en lo más hondo
[guardaba.

Ahora veo con claridad.
No quiero estar en ningún otro lugar.
Te tengo y tú me tienes a mí, esa es la verdad.
Tú me diste la libertad.

Estaba sentado en el suelo.

No sabía adónde ir.
Pensaba que el suelo era el techo,
Que no iba a sobrevivir.

Fuiste el avemaría para mis pecados.
Un nuevo comienzo para algo caducado.

Tú me diste la libertad.
Le quitaste el polvo a mi alma
Y encontraste la llave que en lo más hondo
[guardaba.

Ahora veo con claridad.
No quiero estar en ningún otro lugar.
Te tengo y tú me tienes a mí, esa es la verdad.
Tú me diste la libertad.

Permanezco en absoluto silencio cuando la canción termina. Tengo las mejillas empapadas por las lágrimas, a pesar de que no es una canción triste. Pero el significado de la letra que Ridge escribió anoche, después de quedarme dormida a su lado, me llega mucho más hondo que cualquier otra de sus letras. Y aunque esta mañana he entendido lo que quería decirme cuando me ha confesado que se sentía libre por primera vez, no me había dado cuenta de lo mucho que me identifico con sus sentimientos.

«Tú también me has liberado a mí, Ridge.»

Me quito los auriculares, por mucho que me apetezca poner la canción en bucle y pasarme el

resto del día escuchándola. Al salir del baño, me pongo a cantar en el pasillo vacío con una ridícula sonrisa en la cara.

—No quiero estar en ningún otro lugar. Te tengo y tú me tienes a mí, esa es la verdad.